

BORDER MASS HOMILY
November 2, 2009

Hemos venido a celebrar esta misa para mostrar nuestra solidaridad unos con los otros. Hoy día, aunque nos separada una maya, estamos muy unidos, puesto que para Dios no hay fronteras. La eucaristía es el momento sagrado que une a los fieles más que nada; es la fuerza que más nos une. Estas dos mesas se convierten hoy en un solo altar, pues es un solo el Señor Jesucristo que se inmola, es uno el sacrificio que nos salva, es el mismo pan y el mismo vino que se consagran para que comamos el mismo Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor.

Sentimos juntos la pérdida de tantos seres humanos que han fallecido cruzando esta frontera. Sentimos juntos la pérdida de tantos seres humanos que han sido asesinados en Ciudad Juárez en los últimos años recientes. Las raíces de la violencia en México están en los Estados Unidos. El tráfico de drogas se debe a la demanda en nuestro país y además las armas con que están sucediendo los asesinatos vienen de los Estados Unidos, donde las leyes para la venta de armas es demasiado liberal. Las armas que matan a la gente en México son americanas, o por lo menos compradas en los Estados Unidos.

Los que han muerto en el desierto, intentando de cruzar la frontera desde 1992, ya llegan a 5,000 personas. Decimos que las han matado la sed, el hambre, el calor o piquetes de víboras de cascabel, sin embargo también podemos decir que las han matado leyes de inmigración injustas, los crueles tratos de parte de los coyotes y los sistemas políticos y económicos de nuestros países. Estas muertes tienen sus raíces en la insensibilidad de los poderosos que muchas veces crean estructuras que llevan consigo la injusticia.

Sentimos juntos tantas inhumanidades: familias separadas, esposos separados, hijos separados de sus padres; el trato injusto contra el inmigrante cuando llega a los Estados Unidos, pago injusto, un ambiente hostil a todo inmigrante; viviendas y comidas inadecuadas; falta de

atención médica; tener que andando a las escondidas de las autoridades; sin libertad de movimiento de un lugar a otro por miedo de ser exportado.

Que triste cuando hay una emergencia en México y el hijo, o el padre acá en los EE.UU. no puede estar donde su presencia es urgente. Hoy día, por ejemplo, como quisieran estar los inmigrantes unidos con sus familias ofreciendo oraciones por los seres que han fallecido allá en la tierra natal.

Sin embargo nos une la misma esperanza en las promesas de Nuestro Señor Jesucristo que no se acaba la persona cuando llega la muerte. Hoy día, y también en Las Cruces y por todo nuestro país, se construyen altares en honor de los muertos, y entre cambiamos calaveras. Estos gestos se unen a las palabras de San Pablo: “O, muerte, ¿dónde tu victoria? O, muerte, ¿dónde tu aguijón?” Cristo Resucitado te ha vencido y por esto no te tenemos miedo. Esta es fe que nos une. Y de esta fe viene la esperanza. Y la esperanza viene del amor de Dios: “...nos sentimos animados en la pruebas, sabiendo que de la prueba resulta la paciencia, de la paciencia sale la fe firme, y de la fe firme brota la esperanza, la cual no nos desengaña, pues el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el espíritu que se nos ha sido dado.”

A nuestros hermanos y hermanas de México y de toda América Latina les decimos que estamos muy conscientes de que somos una Iglesia en América, que caminamos juntos en la esperanza, que hay más de lo que nos une que lo que nos separa. En el Sínodo de América declaramos que somos una Iglesia; en el documento “*Ya no somos extranjeros, caminamos juntos en la esperanza*”, hablamos en unanimidad; en Aparecida nos identificamos juntos, **DISCIPULOS Y MISIONEROS.**

Estamos en solidaridad. Nos comprometemos a seguir luchando para nuevas leyes de inmigración en nuestro Congreso. Seguiremos ofreciendo servicios de legalización y de ciudadanía para inmigrantes; seguiremos ofreciendo hospitalidad a través de nuestros programas

y actividades pastorales. Sepan que los que vienen a nosotros no los rechazaremos: recibirán comida, ropa y todo lo que necesitan para sobrevivir; pues somos hermanos y hermanas, formamos una sola familia. Ustedes harían lo mismo por nosotros.

Celebremos, pues, nuestra esperanza. Para concluir, quiero que todos veamos hacia el este y al cerro donde está el monumento a Cristo Rey. Pensemos en lo que ve nuestro Señor desde esa cruz. El ve muchas inhumanidades, violencias e injusticias. Con dolor y lágrimas ha de ver lo que sucede a lo largo de esta frontera. Lo que ve es contrario a lo que él vino a predicar para establecer su Reino. No sólo hemos de ver la realidad de hoy, sino que debemos tener la misma visión que él tuvo cuando predicó su reino. Hay que ver no sólo cómo están las cosas sino también cómo deberían de ser. Cristo quiere que compartamos su visión de su reino y que sigamos luchando para un mundo más hermoso y para que su gente sea más feliz. Sigamos luchando para que se realice su reino aquí en la tierra, el reino de justicia, paz y amor.